

LIBROS

crítica<<<<<

Un mapa de la denuncia

patricia espinosa

Las crónicas de Pedro Lemebel instauran un nuevo canon de lectura. Los signos ya no pueden ser leídos desde la sanción de la ley o de la norma. Lemebel interviene con la imagen grotesca, con la risa sin fin, la ridiculización y el manoseo de los fetiches. La abyección se instala y con ello vacila todo el campo de significaciones emanado desde los famosos *patterns* impuestos por nuestro espectáculo massmediático. *Loco afán*, *La esquina es mi corazón* y el recientemente aparecido *De perlas y cicatrices* han sido subtitulados "crónicas". Textos que se ubican dentro de la intencionalidad manifiesta de redimensionar el tiempo



DE PERLAS
Y CICATRICES.
Pedro Lemebel.
LOM Ediciones.
Santiago, 1998.
214 páginas.

desde la perspectiva de un narrador en primera persona que intenta recrear la escena de lo real-original-verdadero. La crónica resulta de tal modo una escritura en la cual ocupan un sitio privilegiado tanto la memoria como la verdad. Pero Lemebel pareciera repulsar de la grandilocuencia de la memoria y la verdad, para convertirlas en recuerdos particulares y en verdades oblicuas, haciendo emerger con ello lo infinito de lo intrahistórico.

Ciertamente, las categorías de 'real' o 'verdad' pueden verse operando en la totalidad de las crónicas de *Cicatrices y perlas*. Múltiples datos y elementos son concitados para anclar los enunciados en la realidad: desde las calles, los lugares (el Mapocho, el Paseo Ahumada o la República de Ñuñoa), los personajes (Miriam Hernández, Don Francisco, la Bolocco, Carmen Gloria Quintana o Camilo Escalona), hasta los grandes acontecimientos políticos (el informe Rettig o la matanza de *Corpus Christi*). Sin embargo, lo real, la verdad, aparecen ensuciados por la hibridez de un plano que los obliga a cohabitar con la risa, ironía, insolencia, angustia, dolor, rabia. Puntos de referencia del mapa de la denuncia que los textos construyen, como también lo son sus títulos breves: desublimados haikús que gatillan la entrada a otro campo de espejos bochornosos y brillantes.

Si hay un rasgo distintivo en la escritura de Pedro Lemebel es la provocación, su voluntad para desafiar el panoptismo electrónico y digitalizado de la sociedad post. Lemebel es el ojo al que no se le puede negar su derecho a mirar-decir, refundando la negación más violenta que se pueda realizar a los poderes, a saber: la impenetrabilidad, que provoca la clausura de su poder, el fracaso de sus estrategias de dominio. Pero esa impenetrabilidad no está dada por la cerrazón, sino por el contrario, por

una extraña y singular apertura que logra restarle el brillo enceguecedor a lo que nos rodea, para generar una opacidad donde puedan distinguirse mejor las minucias de la redención y la caída.

Sin embargo, *De perlas y cicatrices* -respecto a sus dos obras anteriores- impone un desplazamiento del sitio en el cual se ubica el cronista. La escritura de Pedro Lemebel habría (de algún modo) posibilitado su encasillamiento en el fichero bibliotecario de las literaturas gays. Su discurso imponía la voz crítica de la loca letrada, la loca sabia y no intervenida. El maravilloso "ojo coliza" se nos imponía como una entidad irreductible e inacotable, del mismo modo que su tránsito genérico no dejaba de oscilar desde la crónica al microcuento o el lirismo. En *De perlas y cicatrices* se ha producido un cambio. Estamos ahora, ante una crónica más 'pura', que parece pretender deshacerse de toda connotación ficcional y que, además, se autoconstruye a partir de un ligero entreparéntesis o deslizamiento de la diferencia sexual del enunciante. Así, sólo en contados sitios nos encontramos con un sujeto que alude a su homosexualidad o que la privilegia en su observación del mundo. Pese a ello, la mirada y el *animus* no dejan de ser los mismos, ya que aun así logran nuevamente armar el territorio desde donde surge una interrogación poderosa a nuestro fin de siglo.